

ESCRITOS HISTÓRICOS

DEL

Coronel MANUEL A. PUEYRREDON

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

NOTICIA PRELIMINAR

POR

RAMÓN J. CÁRCAMO

PRIMERA PARTE

**“USO EXCLUSIVO VITANET,
BIBLIOTECA VIRTUAL 2003”**

ESTUDIO
DE
DR HONORIO PUEYRREDON
SAN MARTIN 20
BUENOS AIRES

H. Pueyrredon

saluda con alta consideracion a
la distinguida Señora Isabel Carrera de Ried y le agradece el envio de
su interesante obra "Vibraciones Sentimentales" que ha de leer con el
mas vivo interes.-

Buenos Aires, Julio 7 de 1931.-

Señor Isabel Carrera de Ried.-

*Don mis
mejores respetos
gloria y libertad
9 de mayo 9.930*

ESCRITOS HISTÓRICOS
DEL
CORONEL MANUEL A. PUEYRREDON
GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

NOTICIA PRELIMINAR
POR
RAMÓN J. CÁRCANO

Carretera de Rich

ESTUDIO
TEL.
DR. HONORIO PUEYRREDON
SAN MARTIN 50
BUENOS AIRES

H. Pueyrredon

Agradece a su distinguido amigo Señor Ernesto Ried Silva
y Señora sus amables saludos y lo retribuye deseándoles todo género de feli-
cidades.-

Buenos Aires, Enero de 1931.-

Señor
Ernesto Ried Silva
Tarija 3903
Ciudad

ESCRITOS HISTÓRICOS

DEL

CORONEL MANUEL A. PUEYRREDON

GUERRERO DE LA INDEPENDENCIA ARGENTINA

NOTICIA PRELIMINAR

POR

RAMÓN J. CÁRCANO



BUENOS AIRES

Editor: Julio Suárez — Librería Cervantes
LAVALLE 558

1929

EPISODIOS DE LA GUERRA CIVIL

Últimos momentos de los generales Morón y Carrera

I

Regresaba yo de Chile a fines del año 1821. Había concluido la guerra del sur en aquella república, en cuya campaña fui muy desgraciado. Recibí en ella diez heridas en tres oportunidades consecutivas, y quedé por muerto en una batalla.

El general San Martín convocó una reunión de cirujanos con el objeto de reconocer mi estado, como consecuencia de aquellas heridas se me declaró incapaz por algún tiempo para el servicio de las armas; fué por esto que se me permitió regresar al seno de mi familia.

Pasé la Cordillera, como he dicho, a fines de 1821 con ocho oficiales más que también se

retiraban a sus casas; algunos de ellos habían estado prisioneros en Casas-Matas, padeciendo tormentos horribles en los subterráneos del Callao.

II

A los nueve días de marcha llegamos a Mendoza y fuimos a hospedarnos en la fonda de don Saturnino Saraza.

Un rato después nos presentamos ante el gobernador de la provincia, don Tomás Godoy y Cruz (1), como era de costumbre, y le pedimos alojamiento.

El gobernador estaba conversando con un

(1) Tomás de Godoy Cruz. Nació en Mendoza 6-111-1791, educóse en Chile obteniendo el grado de bachiller en filosofía, sagrados cánones y leyes. Fué síndico procurador elegido por el Cabildo de Santiago. En 1814 pasó a Mendoza. Donó una casa para fábrica de pólvora. En 1816 fué diputado al Congreso de Tucumán llegando después a ser presidente del mismo. En 1820 fué electo gobernador de Mendoza, después presidente de la Legislatura y varios años más tarde gobernador interino; emigró a Chile en 1831. Falleció en Mendoza el 15 de Mayo de 1852. A. BECCAR VARELA y E. UDAONDO. Plazas y calles do Buenos Aires, 1910, 1. 363.

hombre que llamó nuestra atención por sus maneras suaves y elegantes, a la vez que por su porte venerable. Tenía la tez morena y era alta su estatura.

En cuanto a don Tomás Godoy, era éste un hombre bajo, corpulento, blanco, de aire brusco y poco comedido. Al vernos apenas se dignó saludarnos, preguntándonos con una voz que todavía siento chillar en mis oídos: ¿quiénes son ustedes?

Satisfice su curiosidad, contestándole que éramos oficiales del Ejército de los Andes que nos retirábamos con licencia a nuestro país y cuyos nombres podía ver en la lista que le presentábamos.

III

El primero de esa lista era un capitán llamado Manuel Blanco, de origen salteño, oficial muy distinguido por su educación y que más tarde ha figurado en su país.

Seguíale yo, después un Montenegro, sucesivamente los demás, de cuyo nombre no hago ya recuerdo.

Lo único que todavía tengo presente es que casi todos ellos eran bolivianos de Turpo, Cotai, y Andaguailas, soberanamente tercos y disputadores.

Como habían pasado tantos años en los caía-bozos del Callao, en nada hablan cambiado sus modales; conservaban las costumbres de su raza, como los judíos y hablaban una especie de «patois» que ellos llamaban castellano y dicho sea de paso, yo casi no entendía.

Durante el viaje nos entretuvimos mucho con las bromas que les dábamos.

Les irritábamos sobremanera cuando les decíamos, entre algunos otros disparates «indiebuilis», indios con fusiles, pues ellos lo tomaban como una gran injuria.

Nos daban su revancha con los epítetos de herejes, abajeños, pícaros, etc., otras veces nos entreteníamos en hacerles disputar, atizando entre ellos la discordia, y nosotros por supuesto, aplaudíamos y reíamos.

IV

Cuando el gobernador leyó mi nombre, encarándose con rostro airado, me dijo:

— ¿Me conoce usted?

— Sí, señor — le contesté.

Pues por mi parte no sólo le conocía, sino que no ignoraba con quién tenía que habérmelas.

En tanto el gobernador escribía la orden para que se nos proporcionara alojamiento, el caballero desconocido, de quien hice mención, se acercó a mi y con una amabilidad que me previno más en su favor, me preguntó a qué familia pertenecía.

— A la única que hay de mi apellido, señor

— le contesté.

— ¿Será usted, tal vez, hijo de Pepe? (1)

(1) Don José Cipriano de Pueyrredón; nació en Buenos Aires, 25-IX-1779, hijo legítimo de don Juan Martín de Pueyrredón y de doña Rita Dogan (Archivo de La Merced, libro 15, folio 14 y.). Inició la carrera de las armas junto con sus hermanos don Juan Martín, don Diego y don Juan Andrés en la primera invasión inglesa; formaron a su costa el primer escuadrón de «Húsares de Pueyrredón, siendo condecorado por acción de guerra. Actuó en la 2a invasión, pasó después con mando de tropa a la Colonia del Sacramento, tomó parte activa en los sucesos del 1<> de Enero de 1809 y en la Revolución de Mayo, siendo su firma una de las

— Cierto es, señor.

— Pues fui amigo de su padre y este título me da motivo para ofrecer hoy, como lo hago, mis servicios sinceros a usted.

Tengo presente haber visto a usted cuando servía en el cuerpo de la *Estrella* con su padre.

Le agradecí como pude estos ofrecimientos y

primeras en la petición histórica; sirvió en las guerras de la Independencia hasta 1812 en que se le dió de baja por enfermedad con el grado de teniente coronel, retirándose a San Luis para acompañar a su hermano don Juan Martín. Tuvo allí actuación importante y regresó en 1822 a la quinta de San Isidro, falleciendo allí a los 48 años de edad, el 20 de Agosto de 1827 (Libro 1, folio 111). Casó con doña Manuela de Caamaño en Baradero el 22 de Febrero de 1800 (Libro 1, folio 118) de cuyo matrimonio hubo cinco hijos, Victoria casada con Mariano Pueyrredón, Isabel casada con Rafael Hernández, padres de José Hernández, autor de <Martín Fierro>; Rita, casada en primeras nupcias con el coronel Francisco Lynch y en segundas con Miguel Magariños; don Adolfo nacido en San Isidro, 9-VI-1825, libro 7, folio 178, y casado con doña Idalina Carneiro da Fontoura en Santa Maria, Río Grande do Sul, iglesia matriz, libro 20, folio 97, el 25 de Octubre de 1850 y don Manuel, autor de estas memorias, nacido en Baradero el 3 de Mayo de 1802, libro 3, folio 29 y casado con doña Sebastiana Bauzá en Montevideo el 6 de Enero de 1844.

En la foja de servicios de don José Cipriano de Pueyrredon, testimonio expedido por el Ministerio de Guerra, expediente P. 15789, 1923, constan las siguientes notas: Su país, Buenos Aires; su calidad, noble; valor acreditado, aplicación poca, capacidad buena, conducta mala, estado casado.

como era natural que desease saber el nombre de aquel desconocido, le pregunté a mi vez quién era. Era el coronel mayor don Bruno Morón (1).

V

Blanco y yo nos dirigimos al Cabildo con la orden del gobernador para el alcalde de primer voto.

Pusimos la orden en manos del alcalde, quien la leyó y nos dijo:

— El señor gobernador me manda que proporcione alojamiento para ocho oficiales.

— Pero somos nueve — contesté.

— Sí — dijo — pero aquí se excluye al señor Pueyrredon.

(1) Nació en Mendoza 6-X-1781, educándose en dicha ciudad. Participó en los sucesos locales de 1810 y empezó su carrera militar en Septiembre de ese año con el grado de teniente, ascendió en 1812 y en 1813. Un año más tarde, pasó a Montevideo como capitán, asistiendo al sitio y toma de la plaza. En 1815 siendo comandante marchó al Alto Perú, sirvió bajo las órdenes de Belgrano en Tucumán, siendo promovido a coronel el 22 de Mayo de 1819, tenía el mando del 2 de infantería cuando la sublevación

Esta exclusión me chocó tanto, que dirigí algunas palabras bastantes descorteses al alcalde, quién se disculpó diciéndome que no podía hacer otra cosa que cumplir la orden del gobernador. El pobre alcalde tenía mucha razón.

VI

Volví a casa del gobernador y le eché en cara la exclusión indigna que había hecho de mi.

— No le he dado alojamiento — contestó — porque usted tiene en Mendoza muchas amistades y no debe necesitarlo.

— Verdad es que tengo relaciones, pero no me hallo hoy en el caso de molestar a nadie desde que el gobierno tiene obligación de darme alojamiento.

de Arequito en la que no tomó parte por lo que fué detenido y destituido del mando por los rebeldes. Regresó en 1820 a Mendoza, siendo recibido con grandes muestras de estimación, confiándosele el mando de las armas para oponerse al desorden y al caudillaje. En Agosto de 1821 el caudillo chileno José Miguel Carrera, al frente de una montonera invadió la provincia para penetrar en Chile, y Morón salió en su persecución y alcanzándole cerca de Río Cuarto le presentó batalla. — BECCAR y UDAONDO, op. cit. II, 131.

— ¡No hay tal obligación! — me replicó de mal humor.
— ¡Cómo no ha de haberla, cuando somos oficiales del ejército de la República y nuestros servicios nos han hecho acreedores a esa hospitalidad en el seno de la patria al regresar a ella casi inválidos!
— República Argentina — contestó el gobernador — Provincias Unidas del Río de la Plata... hoy nada de eso existe... somos independientes.
— ¿Entonces me habré de morir de hambre en Mendoza?
— ¡Muérase!— dijo.— Fué tal mi indignación al oír estas palabras, que tuve tentación de estrujar entre mis manos a aquel hombre, pero me contuve y salí sin saludarle.

VII

Había dado algunos pasos cuando el gobernador gritó, diciendo:

— ¡Vuelva usted!
— ¡No vuelvo!
— ¡Vuelva usted, que yo lo mando!
— ¡No vuelvo, porque no quiero obedecer!

Oyó estos gritos su secretario, el señor Ortiz, quien me atajó diciendo:

— Vuelva usted, que todo se remediará.

— Déjeme usted, señor. ¿Ha visto usted mayor infamia? Mientras el señor Ortiz trataba de calmarme, el gobernador salió hasta el patio, donde dijo:

— ¡ Siempre el mismo!

— Vuelva usted, señor, no sea usted tan tenaz.

— Soy lo que debo ser cuando se me trata de ese modo. Tantas fueron las instancias del señor Ortiz que tuve que condescender y volvimos a entrar en la sala.

VIII

El gobernador me mandó sentar; no quise obedecerle y permanecí de pie.

Volvió entonces a repetirme las mismas palabras:

— ¡ Siempre el mismo!

— Sí, señor, siempre el mismo, con los malos, pero siempre el mismo con los buenos!

— ¡Cuidado que soy el gobernador!

— ¡Cuidado que no siempre lo ha de ser usted!
— y volviéndome al señor Ortiz, le dije:
— ¿Es para esto que me ha hecho entrar usted?
— Bueno, basta, basta, — dijo el gobernador
— voy a dar a usted una orden de alojamiento. La escribió él mismo y me la entregó cerrada. ¡Cuál no sería mi sorpresa al ver que la orden era dirigida al mismo dueño del hotel en que estaba hospedado y para quien no la necesitaba! Sin embargo la entregué y el señor Saraza se mostró disgustado conmigo por haber ido a pedir alojamiento teniéndolo en su casa, adonde continué el tiempo que permanecí en Mendoza.

IX

Mi cuarto en el hotel, era el punto de reunión de todos los oficiales y de la mayor parte de los jóvenes del pueblo, con quienes tenía relación; y como nuestra vida era la del soldado joven, vida casi toda dedicada a los placeres, la reunión se fué haciendo numerosa hasta el extremo de alarmar al gobernador. Entre los amigos que tenía en Mendoza, había uno de ellos con quien

estaba yo ligado por cierto parentesco, el sargento mayor don Pedro Ramallo, comandante del Parque (1).

Un día me llevó a visitar el Parque para mostrarme sus trabajos. Súpolo el gobernador y dió orden de suspensión de mando al comandante.

Gracias al empeño del general Morón yo me libré entonces de la cárcel. Ordenóse sin embargo que se me prohibiera la entrada en adelante.

La fatalidad pesaba sobre mí en aquella época. Algunos días después de este suceso, encontrándome con el señor Godoy de visita en casa de don Antonio Montt, donde había una linda joven a quien él cortejaba, trabó disputa conmigo. Yo que lo deseaba, para poder vengarme de todos sus ultrajes, le dije, entre otras cosas, que las calabazas que había recibido en Buenos Aires le habían engordado.

Si en aquellos momentos me hubiera podido tragar vivo, por cierto que no estaría hoy escribiendo estas memorias.

(1) Inició su carrera militar como subteniente el 13 de Julio de 1813.- Arch. Gen. De la N.- Tomas de Razón.

Este hombre me conservaba un odio mortal desde hacía muchos años.

Anduvo por casarse con una prima mía, Victoria Ituarte Pueyrredon, creía que yo era su rival y por consiguiente el obstáculo a sus amores sin considerar que yo era muy joven en esa época. Si aquella señorita no lo quiso, fué porque estaba ya comprometida a casarse con don Manuel Aguirre (1), a quien el Director Supremo don Juan Martín de Pueyrredon mandó en comisión a Norte América con el señor don Gregorio Gómez, para alejarlo de Buenos Aires porque protegía las pretensiones de Godoy (2).

(1) Sobre don Manuel H. de Aguirre, ver la obra «Orígenes de la Diplomacia Argentina». Misión Aguirre a Norte América, por Alberto Palomeque. Imprenta Robles, 1905, 2 tomos.

Nació en Buenos Aires 1785, fué miembro del congreso general en 1810, de la junta electoral en 1816, agente diplomático y comercial ea Norte América y comisario de guerra y marina 1817, director del Banco Nacional 1826, presidente del Crédito Público 1832, ministro de Hacienda 1833.

(2) El general Pueyrredon en carta a San Martín, refiriéndose a Godoy Cruz, dice: Debe Vd., saber que este joven, de mi « amigo íntimo se ha convertido en enemigo mío. Solicitó casarse

Pero en el concepto de éste yo era el obstáculo verdadero. La ocasión de vengarse se le presentó. Dos veces estuve a punto de caer víctima de su rencor.

Cuando un hombre escribe sus memorias es preciso que nada oculte, que lo diga todo, el bien sin orgullo, el mal con humildad. Yo no quiero que se me crea ni más ni menos de lo que soy.

Diré, pues, que es cierto que yo estaba enamorado de mi prima, pero enamorado como un loco, Aquel fué mi primer amor y quien haya sentido el poder de una primera impresión comprenderá toda la fuerza de ella. Aquella pasión nació conmigo y el recuerdo de esa mujer ejerció sobre mi espíritu un poder tan grande que ha fijado la suerte de mi vida durante mis primeros y

con una sobrina mía; le introduje en la casa, me interesé en su enlace, hice los oficios de un hermano, pero la niña comprometida anteriormente con Aguirre se resistió a toda persuasión y consejo. Desde que él vió destruida la esperanza se retiró de golpe de la casa y empezó a dejarme ver un semblante de des-<agrado. ¿Cree Vd., esto posible?

-Pues juro a Vd., por el sol, que no ha habido ni hay más <un camino entre los dos. — Documentos del Archivo de San Martín, 1910, IV, 604.

mejores años. Pero nunca pasó de un puro platonismo. Godoy me odiaba tanto, como yo le detestaba. Le ridiculizaba siempre que podía, y no desperdiciaba ocasión de mostrarle el odio que le tenía. Varias veces dije a ella: no tengo celos del otro, pero ¡más quisiera verte muerta que casada con éste!

XI

Pero volvamos al asunto.

Un día organizamos una partida de caza. Nos reunimos en casa de Corvalán en número de 24 jóvenes. Yo llevaba una escopeta de dos cañones de don Marcelino Balbastro (1), quien me previno que uno de los cañones estaba descompuesto. Después de haber tirado a las perdices un gran rato, armamos una guerrilla dividiéndonos en dos bandos y concluimos por avanzar

(1) Inició su carrera militar como abanderado de Voluntarios del Río de la Plata, en tiempos de la Colonia, siendo licenciado del servicio el 3 de Septiembre de 1817 con el grado de teniente coronel.

a un sandial; otra guerrilla volvió a armarse con cáscaras de sandía.

Yo me estaba lavando las manos en una acequia y allí me abrumaban con las cáscaras; tenía la escopeta a mi espalda con la cual les amenazaba dispararles un balazo si continuaban tirándome y embromando de ese modo; siguieron ellos y yo tomé la escopeta con una mano, el tiro salió y fué a herir en el abdomen a un oficial peruano llamado Maldonado. Este oficial había ido a la cacería por instancias mías. El infeliz resistió mucho a ir al paseo, parecía que hubiera tenido el presentimiento de su destino. Esta desgracia es inexplicable. Yo estaba seguro de que el cañón bueno estaba descargado, acababa de matar con él a una perdiz. Bien fuese que el otro estuviese cargado de antemano, bien que lo hubiese cargado yo mismo, lo cierto es que fué ese el que causó la desgracia. Se le acomodó en mi misma cama para ser allí asistido. Esa noche fui preso y puesto incomunicado. El mayor Caveró empezó a instruir el sumario.

El pobre Maldonado se afligió mucho cuando supo que estaba preso. Desde su cama mandó una declaración al gobernador y al poco rato expiró; sin haber podido nunca saberse si su

muerte provino del tiro, lo que parece increíble porque la munición estaba exteriormente en el cutis, o de la sandía y el vino que había tomado en abundancia y que es mortal en aquel país.

Tomadas las declaraciones fui puesto en libertad a los seis días, pero el gobernador decía a todos que me iba a fusilar. El testimonio de 24 personas le venció, y no pudo por entonces satisfacer su odio.

XII

Dos días después viajaba yo para San Luis, adonde estaba mi familia que hacía dos años que me creía muerto. Yo no habla querido dar noticias mías para sorprendería. Como a los veinte días de estar en San Luis, llegó el general Morón con las divisiones de San Juan y Mendoza; venían a reunirse con la de San Luis para perseguir a Carrera y Ramírez que eran dueños de toda la Pampa, o mejor dicho, de toda la campaña de esa provincia y la de Córdoba y amenazaban avanzar.

El general Morón me mandó llamar para que le acompañase a la campaña que se iba a abrir.

Me resistí cuanto pude, pero este hombre me había servido en Mendoza y me vi obligado a condescender, asegurándole sin embargo, que no iba a servir a su gobierno, ni a pelear, sino solamente a acompañarle y defenderle si fuese necesario. Aceptado de este modo me hizo reconocer como su primer ayudante de campo. Venían en su compañía el mayor Ramallo, jefe del detall y un oficial del Ejército de los Andes, antiguo compañero de Granaderos a Caballo, llamado don Gregorio Aycardo (1), que tartamudeaba para hablar.

Tuve mucho gusto en volver a ver a Aycardo. Con su media lengua me dijo:

— Vos... también... te has... metido en... ésta. — Sí — le dije — tu general me ha comprometido. — Pues, pues,... ya te pesará... ¿Pensarás... que... estos... . . son... los... granaderos...?

(1) Don José Gregorio Aycardo era teniente de granaderos a caballo, 20 escuadrón 1a compañía, desde Enero de 1819. (Tomas de Razón).

XIII

Pocos días después se abrió la campaña sobre la frontera de Córdoba. Desde que pisamos aquel territorio se empezaron a hacer prisioneros; todos fueron fusilados inmediatamente según las órdenes que tenía Morón de su gobierno. Llegando a las inmediaciones de Río IV se supo que el convoy de carretas estaba en el paso de San Bernardo. Se destacó una división que marchó con mucho sigilo a sorprenderlo, lo cual se logró completamente.

Hacía mucho que caminábamos solamente de noche; se habían hecho varias contramarchas e ignoraba el motivo de ellas hasta que se logró el golpe en San Bernardo.

En la marcha que hacíamos en la noche de la sorpresa iba a dar una orden a los flanqueadores; venía cruzando en dirección a la columna cuando sentí el galope de un jinete; me paré a esperarlo; la noche era oscura y venía cantando el cielito. Cuando estuvo cerca, muy cerca, le grité: — ¡haga alto! — obedeció y le pregunté quién era: — ¡qué le importa! — me dijo.

— ¿Y adónde va usted?

- A juntarme con la gente, va pues.
 - ¿Dónde está la gente?
 - Allá, no va pues — y al decir esto me señaló rumbo opuesto al que nosotros llevábamos.
 - ¿De qué gente es usted?
 - Señor, del capitán Urra (1) — me dijo.
 - Pues ahora ya no es usted del capitán Urra, sino del capitán Pueyrredon, que le toma prisionero.
 - Rendite pícaro—le dije — atropellándole. El hombre se rindió. Yo había observado desde el principio que el caballo tenía dos muescas o cortaduras en la cola, que era la señal usada por los montoneros, así fue que conocí que se trataba de un enemigo.
- Por ese hombre se supo que una división de Carrera había pasado muy cerca de nosotros, por uno de nuestros flancos.

XIV

Seguimos la dirección del río; a la madrugada se oyó el tiroteo y un poco más tarde llegó parte de haberse tomado el convoy. Al salir el sol llegábamos a San Bernardo. El combate fué bastante reñido; más de veinte muertos y como treinta prisioneros fué el resultado de este encuentro. Entre los prisioneros había ocho oficiales y una señorita, natural del Salto, llamada Juanita Martínez, que gozaba de una reputación tal de hermosura que todos aspiraban a tomarla y hasta se la disputaban antes de haberla tomado. Se decía que la llevaba el general Carrera y esto era un aliciente más que hacía muy codiciable la presa. Cuando llegamos al lugar del combate la encontramos entre los prisioneros poseída de un terror pánico, cerca de ella estaba un muchacho que tenía una herida feroz en la cara, una cuchillada se la habla dividido, de modo que parecía no tener más que media cara, daba horror verle.

Ramallo y yo nos dirigimos a consolar a la joven, ella nos dijo que era del Salto, que había sido sacada por los indios en 1820 y rescatada por el general Carrera.

Como mi familia sólo esperaba que los caminos estuviesen seguros para trasladarse a Buenos Aires, le ofrecí hacerla llevar a su familia, otros le hicieron también propuestas pero aceptó la mía y la hice llevar cerca del cuartel general previo consentimiento del general Morón.

Luego que acampamos fuimos por curiosidad a ver los prisioneros. Había entre ellos un ayudante Novoa perteneciente a una familia que yo había conocido en Concepción, era un joven muy distinguido y bien educado (1).

Estaba desnudo y mandé traer mi valija y le vestí ofreciéndole mis servicios. Él me dió las gracias diciéndome que ya sabía la suerte que les esperaba; abandóneme a mí, que nada valgo — me dijo — y salve usted, si puede, a ese desgraciado. Al decir esto señaló a un hombre ciego que estaba sentado en el pasto profundamente caviloso.

— Es el capitán Kennedy (1) — me dijo —perdió la vista en una acción sobre el Sauce, es muy querido de mi general; ya lo ve usted, ¿qué se va a hacer con matar a un hombre que no tiene vista?

Tan noble acción de Novoa me interesó de tal manera que desde aquel momento resolví trabajar para salvarle. Hablé a Ramallo y fuimos juntos para ver al general, quien se negó

(1) William Kennedy, bizarro compañero de Carrera en todos sus trabajos e infortunios anteriores y en sus arriesgadas empresas. Un tiro de pistola, descargado a quema ropa sobre su rastro, le privó sin herirle, de la vista de ambos ojos, teniendo necesidad de un lazarillo para continuar la campaña. Tenía apenas 25 años, era hijo de americanos, nacido accidentalmente en Jamaica. Creció después en la vida marina; en la guerra de 1813 contra Inglaterra su conducta y valor le hicieron conquistar el grado de teniente 20 de la marina americana. En estas circunstancias le conoció Carrera asociándole a su destino. El ahora inválido oficial fué conducido prisionero a San Juan (después de la batalla del Médano) de donde escapó con dificultad del furor de los vencedores; y en el verano de 1822 logró embarcarse en la fragata de guerra americana «Constellation, con esperanza de recobrar la vista en su país. Fué Kennedy quien transmitió a J. M. Carrera la noticia del fusilamiento de sus hermanos, proceso activado por Monteagudo a raíz de la conspiración de 1817 en la que pretendieron dar un golpe de mano y suplantarse a San Martín y O'Higgins.—B. VICUÑA MACKENNA. Ostracismo de los Carrera, págs. 250 y 575.

absolutamente a mi pedido; me quedé solo con él, volví a repetir mis instancias, le pedí por la patria, por su amistad con mi padre, a todo contestaba: es imposible, usted sabe lo que se ha hecho con todos los que se han tomado y la orden es sin distinción de clases ni personas. Efectivamente, once prisioneros se habían hecho hasta entonces, los mismos que fueron fusilados.

XV

El general Morón era el hombre más bondadoso que he conocido. Le propuse varios arbitrios, entre ellos la fuga del prisionero; cansado de mis instancias se levantó y me dijo: déjeme usted, hombre, no puedo, no puedo. — Pues yo no puedo dejarle — le dije — y no le he de dejar comer ni dormir sobre todo, deme usted esa vida, que para eso le he dado yo la mía, haga de ella lo que quiera; he venido aquí sólo por usted para salvarle si es preciso, no para pelear, mi vida pues le pertenece. Esta reflexión le decidió y me dió un abrazo dicién-

dome: bien, bien, está salvo su ahijado; yo también abracé al general.

El mayor Ramallo que llegó en esos momentos fué corriendo a la guardia y dijo a Novoa: ya está usted salvo, Pueyrredon lo ha conseguido.

Ya él sabía que se trabajaba por salvarle; me mandó llamar recibíendome con los brazos abiertos y lloraba de gratitud.

— Sé todo lo que ha hecho usted por mí —me dijo — obtenga la vida de Kennedy que tomen la mía. Le contesté que era muy difícil lo que pedía, pero que iba a tentarlo; me pidió también que le mandase a la joven Juanita, confesándome que pertenecía a él y no al general Carrera como se decía.

Nuevos combates con el general Morón, volví a llamar en mi auxilio a Ramallo, y a los ayudantes Aycardo y Vicente Martínez quienes también eran muy estimados por el general. La fortuna nos trajo en aquellos momentos al coronel de la división de San Juan, don Ventura Quiroga (1) que era un verdadero

(1) Inició su carrera militar el 10-X-08 en el regimiento de milicias urbanas de S. Juan, ascendido a capitán el 12-1-16 con destino en las milicias de caballería. — T. de R.

buen hombre. El coronel se unió con nosotros y después de una resistencia grandísima conseguimos nuestro propósito y Kennedy fué salvado.

XVI

A poco de estar allí, seguramente llegó un parte, pues nos pusimos en marcha contra la costumbre de parar de día y marchar de noche, se caminó el resto del día, hasta pasada la media noche, se oyó entonces el toque de un clarín enemigo a retaguardia e inmediatamente se formó la línea; esperamos que aclarara con 1.100 hombres en formación. Amaneció sin novedad y marchamos bajo una neblina muy densa. Este gran error trajo consecuencias funestas de lo cual el enemigo supo sacar partido.

Yo no sé cómo un hombre tan inteligente como el general Morón, pudo cometer el error de marchar sobre el enemigo en semejante día. Esto sucedía en Junio de 1821. Antes de romper la marcha el general se hizo mudar caballo.

Algunos días antes había recibido tres magníficos caballos de Mendoza, eran dos tordillos y un rosillo; hasta entonces había montado el rosillo que era muy manso.

Ese día pidió un tordillo, yo le dije que iba mal en ese caballo porque era demasiado brioso y herrado en las cuatro patas, lo cual era muy peligroso en aquellos campos de paja, me contestó que no, que iba bien en ese, que tomase el rosillo; yo no quise por delicadeza y capricho, bastante me pesó después.

XVII

No habíamos andado una legua cuando se presentó el enemigo formado en batalla. Nuestra línea se formó también, era superior a la de ellos. Marchamos de frente a su encuentro y a la distancia competente ambas cargaron; pero por uno de esos casos imposibles de explicar, ambas líneas hicieron alto a distancia de cincuenta pasos una de otra y quedaron clavadas en el campo como en un día de ejercicio, mirándose una a la otra. El general Morón comprendió que

tendría la ventaja el que avanzara primero, rompió la línea y pasó adelante. Repitió la voz de ¡a la carga! Su tropa no se movió. Este movimiento del general fué tan rápido que no dió lugar a ninguno de sus ayudantes a seguirle. Su caballo como he dicho, excesivamente brioso, no pudo sujetarlo hasta el medio de la distancia entre ambas líneas. Ahí cayó...

XVIII

En ese momento yo cruzaba la línea y era quién seguía de más cerca al general.

El mayor Ramallo me gritó algo de lo que no pude entender más que la palabra «reserva». Creí que me decía que dijera al general de hacer cargar a la reserva y le contesté: qué reserva, ni qué reserva, no son momentos de reserva! Todo esto se lo decía vuelta la cara hacia él; cuando volví a mirar para adelante, el general ya había caído.

El caballo se sacudía como si hubiera costado, que es lo más probable, porque no había

tiroteo alguno, fueron muy raros los tiros que se oyeron en esa batalla.

Cerré las espuelas a mi caballo, y llegué hasta el general; estaba caído con la cara en tierra en la dirección del enemigo.

Le tomé del cuello del capote que tenía puesto, diciéndole: — ¿Qué es eso, general?

Hizo un esfuerzo para levantarse y sin contestarme, volvió a caer. Yo hacía esfuerzos inauditos con una mano, para levantarlo, pero era un hombre sumamente pesado y no podía conseguirlo.

En esto cargaron nuevamente los montoneros, con una violencia tal, que no me dieron tiempo para volver mi caballo, ellos me lo hicieron dar vuelta y fuí arrastrado a pesar mío. Un negro fué el primero que descargó su sable sobre el general; oí en seguida un tiro. El general Morón era muerto.

Suceso único, tal vez, en la historia de las guerras, que sea el general en jefe el primero que muera en una batalla.

Ni un solo hombre se movía de su línea a favorecerle. ¡Cobardes! Siempre que recuerdo este incidente, me lleno de indignación. Si su línea

hubiera cumplido con su deber, si hubiera hecho lo que hicieron los montoneros, no se habrían perdido el general ni la batalla.

XIX

Yo había quedado envuelto como he dicho, mezclado totalmente con ellos, seguí el movimiento un gran rato. Nuestra derecha sufrió el choque de la principal fuerza enemiga; la izquierda por una conversión circular, envolvió al enemigo, que siendo menor en fuerza quedó en un círculo de hierro. Entonces empezó el choque más terrible de caballería que he visto en mi vida. Aquello fué un terrible entrevero, en que muy raro era el tiro que se oía. Se combatió a hierro frío, por lo menos durante tres cuartos de hora, dando vuelta en círculo sobre el mismo lugar, como se hace en las trillas, quedó el lugar completamente trillado por el pisoteo de los caballos y cubierto de muertos y heridos, cuyo número fué imposible calcular, no se veían más que cabezas y caras ensangrentadas.

Mientras tanto yo no podía comprender la razón porque nadie me atacaba estando entre

el grueso del enemigo tocándonos piernas y brazos. Con el sable en mano y la vista de un lado a otro, mirando a derecha e izquierda con la rapidez de un azogado no ofendía a nadie, pero pronto siempre a defenderme y atacar, me devanaba los sesos sin poder comprender porqué no me mataban.

Después cuando estuve entre ellos descubrí el enigma que no era otro, que el haberse reunido a Carrera, dos días antes, cuatro oficiales de Ramírez que tenían uniforme igual al mío; me tomaron pues por uno de ellos... Yo no podía apurar a mi caballo porque lo sentía malo, pero avanzaba siempre tratando de reunirme con los nuestros.

Uno de los primeros a quienes alcancé fue al teniente Aycardo que le tenían rodeado tres montoneros, atacándole a cual más y él en medio de los tres se defendía de todos a un tiempo, a derecha e izquierda, a vanguardia y retaguardia, a veces se le veía en el anca del caballo de manera que parecía un juego de equitación. Cuando me vió, me gritó: ¡Dame una pistola, que me «amuelan»! (usó otra palabra más enérgica).

Era aquel un cuadro digno de verse; apuré

mi caballo hasta donde estaba mi amigo, le alcancé una de mis pistolas, de las que no había tenido tiempo de hacer uso y descargándolas sobre los enemigos, quedó libre de ellos, después de haber herido a dos.

— —No nos separemos— me dijo—que... te... lo... dije, vengan... a pelear con mi... licias! Ya no nos separamos ni un momento, ayudándonos mutuamente en los diferentes trances de aquel combate terrible que acabó con la desaparición total del enemigo.

Entonces se gritó ¡Viva la patria! pero unas palabras siniestras empezaron a circular entre los grupos. El general ha muerto, se decían unos a otros.

La neblina continuaba como al principio, los hombres andaban en montones, ningún jefe se presentaba para organizar la fuerza como debían haberlo hecho desde el momento de concluir.

De repente se oyó una voz que dijo: ¡auxilio de Ramírez! Volvía al campo un grupo de hombres que había salido persiguiendo a estos y los tomó por enemigos, un cobarde cuyo nombre es muy conocido, pero que no quiero consignarlo en esta memoria (ya no era la primera).

Bastó esta voz para que se pronunciara la

derrota, los grupos empezaron a salir, primero al trote, luego al galope y al final en una completa fuga. Los únicos oficiales de línea que allí nos juntamos, estábamos seguros de haber triunfado y de que nadie nos perseguía; corrimos adelante tratando de contener el desbande, pero ya era imposible. Algunos jefes y oficiales eran los peores. Paramos para ver si alguien nos perseguía y adquirimos la certidumbre de que ni un solo enemigo nos seguía.

XX

Estábamos a cuatro leguas de la Villa del Río Cuarto y a la tarde formamos al norte de ella.

El coronel de San Juan, don Ventura Quiroga, era el jefe más condecorado y tomó el mando de 400 hombres que llegaron reunidos.

Carrera al apercibirse de la fuga de los nuestros, volvió al campo, arreó nuestras caballadas, entró en la villa; hizo marchar a todo el pueblo, hasta mujeres y muchachos y antes de ponerse el sol nos presentó una línea de dos mil personas,

cuidando de tenerla lejos, mientras que él avanzó con los pocos que le habían quedado.

Un parlamentario se presentó y se convino una conferencia entre Carrera y Quiroga, la que se realizó de inmediato. En ella se convino que San Juan proporcionaría al general Carrera dos mil mulas o animales calzados que serían pagados por Chile en cuanto se posesionase de aquel país.

Carrera no entraría en la ciudad, y se dirigiría a la quebrada de la Zonda respetando propiedades de los sanjuaninos.

Cuando acabó la conferencia, la fuerza se habla dispersado, esperaban tan sólo la noche para efectuarlo.

Se salvaron los prisioneros que debían ser fusilados ese día.

El primer ataque de los montoneros fué sobre la reserva que los custodiaba. Eso era lo que el mayor Ramallo me decía cuando cruzábamos la línea para que yo se lo dijese al general, cuando se adelantó y recibió la x~uerte y lo que fué causa de no haberle visto caer.

XXI

El general Morón, natural de Mendoza, era un joven muy distinguido del ejército del Perú. Después de la maldita sublevación de Arequito, hecha por el coronel Juan Bautista Bustos y los comandantes José M. Paz y Alejandro Heredia, Morón fué uno de los jefes fieles a su deber, no queriendo tomar parte en ella, se retiró a su país natal adonde fué hecho comandante de armas y nombrado general.

Era de una educación escogida, de maneras cultas, amable por carácter, sumamente bondadoso, era además un valiente y completo caballero.

Su muerte debió considerarse una calamidad pública y yo extraño mucho, que su país no haya hecho algo para honrar la memoria de tan conspicuo general, porque era una de las glorias de Mendoza.

Cuando se escriba la historia de las guerras del Perú, el general Morón ocupará un lugar distinguido en ella.

XXII

Después de la derrota cada uno tomó el rumbo que mejor le pareció para dirigirse a las provincias de Cuyo. Yo me dirigí hacia las sierras de Córdoba con once hombres con los que fui a salir a las barrancas, de allí crucé la sierra llegando al pueblo de Renca, provincia de San Luis, adonde me incorporé al gobernador don José Santos Ortiz (1), que se ocupaba en reunir caballadas para nuestro ejército, también se nos reunió el coronel Quiroga con ochenta hombres. El gobernador le propuso esperar hasta el día siguiente para emprender juntos la retirada, pero esa misma noche, mientras dormíamos en las casas, los sanjuaninos que estaban acampados en los corrales donde estaba la caballada, nos robaron los caballos y desaparecieron. Cuando amaneció, no había uno solo en que montar. Al día siguiente nos pusimos en marcha para la

(1) Nació en la Villa de Renca, año 1785, se educó en Córdoba, cursando algunos años en la Universidad, fué uno de los hombres más culminantes del Interior. Asesor y secretario de Quiroga, murió junto con éste en Barranca Yaco.

ciudad, que dista treinta leguas de aquel lugar, llevando por gula o baqueano a un vecino llamado Suaste, que iba siempre adelante sin poder nunca darle alcance y esto DOS hacía gracia, ver que un hombre muy gordo fuese más ágil y diligente que todos los demás.

A los seis días de marcha, diez o doce después de la derrota, llegamos al pueblo de San Luis. Hablamos hecho varios rodeos para desorientar a los que suponíamos nos perseguirían y se mandó primero saber noticias de la ciudad antes de entrar. El día 16 de Julio al oscurecer entramos al pueblo a sacar a la familia de Ortiz, que ya estaba preparada, la cual salió dos horas después. Nosotros quedamos en casa del cura y allí y en la iglesia estaban refugiadas la mayor parte de las familias, incluso la mía.

A las once de aquella noche llegó aviso que el enemigo estaba en el Chorrillo, a dos leguas del pueblo y que venía a entrar esa noche.

A esa hora volvimos a salir dirigiéndonos al norte, para San Francisco, a veinte leguas de San Luis, adonde paramos.

El gobernador Ortiz se ocupaba de tomar medidas, se dirigió a don Facundo Quiroga, a la Rioja, pidiendo auxilios, impartía ordenes a

toda la campaña por medio de los jueces pedáneos; iban muchos días corridos y nadase sabia de la ciudad y en tal estado para adquirir noticias, convinimos en que yo vendría a ocultarme en la sierra de mi casa (1), que conocía a palmos y adonde nadie me hubiera tomado y mandarla agentes al pueblo.

Para esta operación me dió un negro muy vivo y baqueano y un oficial de milicias para que me acompañase, con esta comisión y algunas órdenes escritas que traía para algunos jueces del tránsito, me separé del señor Ortiz.

Costeaba la sierra de Brumiguas y como a doce leguas antes de llegar a mi destino, venia adelante cantando por un camino montuoso cuando de repente me vi rodeado por una partida de lanceros al mando de un alférez chileno, llamado Inchaut. El oficial y el negro huyeron

(1) J. W. Gez. — La tradición Puntana, 2a edición, 1910, Pág. 129, describe dicho sitio en los siguientes términos:el general <pidió permiso para retirarme al peñón solitario que habla elegido <para su morada. La terminación de la sierra o Punta de los <Venados es un macizo granítico escarpado y magnifico, vestido <de típica vegetación, donde los arbustos y hierbas fragantes <alternan con variadas especies de helechos y de cactus. La mole <se eleva a más de mil metros y cuando se le escala se presenta

al monte desapareciendo de mi vista, fueron a llevar a Ortiz la noticia, que le valió mucho, porque en el acto emprendió la retirada hacia el norte.

Después de desarmarme fuí remitido a la ciudad, custodiado por un cabo y dos soldados. Todo el camino iba comiendo los papeles que llevaba, arrojaba los que podía y los que no, los tragaba.

XXIII

Serian las cuatro de la tarde cuando llegué a la casa y a presencia del general Carrera.

Estaba sentado ante una mesa de escribir; el cabo que me conducía entró primero avisándole que traía prisionero a un oficial, el cabo salió

<a la vista del Viajero un paisaje interesante con sus sucesivas <cambiantes de luz y de matices en aquel cuadro animado de la <naturaleza que se domina definitivamente desde la cumbre. <Al pie corre perezosamente. sobre una franja de arena, el reducido caudal del Chorrillo; en seguida aparece la modesta ciudad <entre sus alamedas; más allá la plateada superficie del lago <Bebedero y por fin en el horizonte lejano, como nubes apiladas <y parduzcas, la inmensa cordillera andina.>

y me hizo entrar; me encontré de pie delante del hombre que se nos pintaba con colores tan negros, de ese jefe de bandidos que llevaba una guerra de exterminio por doquier y de quien la credulidad popular hacía un monstruo, un antropófago, infundiendo su nombre terror y espanto a todos aquellos pueblos. Yo debía temerlo todo de ese hombre porque era el enemigo jurado de mi familia.

Todos saben que Carrera fué el principal autor de la caída del partido de Pueyrredon, por sus ataques al Directorio y sus imputaciones calumniosas al Director: Supremo. Imputaciones que le habrían sobrevivido, pero que la historia justa e imparcial sabrá reivindicar su memoria, reduciendo a polvo y pavesa los injustos cargos que se le han hecho (1).

(1) Carrera detestaba al general Pueyrredon porque éste apoyaba incondicionalmente los planes de San Martín, quien a su vez sostenía en Chile a O'Higgins, por quien Carrera tenía odio mortal.

Responsabilizaba a los tres de la muerte de sus hermanos y le atribuía el propósito de hacer de Chile una oscura provincia del Río de la Plata.

El fusilamiento de los Carrera fué obra de Monteagudo, enemigo irreconciliable de general Pueyrredon. Mitre en su *Historia de san Martín*, tomo 2º, Pág. 347 (2ª edición, 1889), refiriéndose

Delante de tan terrible enemigo, me presenté tranquilo y sereno, como si fuese a comparecer ante un amigo. El diálogo siguiente se estableció entre ambos:

— ¿Es usted el oficial prisionero? — me dijo.

— ¡Sí señor!

— ¿Era usted oficial de Morón?

— ¡ Sí señor, su primer ayudante de campo!

— No le pregunto por su grado porque veo que usted es capitán, ¿su gracia de usted?

— ¡ Manuel Pueyrredon!

al gobierno del general Pueyrredon, dice: «. . fué el representante de los elementos conservadores, que mantuvo el centralismo revolucionario necesario para sostener la lucha por la independencia. En su época y por sus afanes, se fundó la independencia Argentina; adquirió respetabilidad exterior la nueva ‘nación; se echaron los cimientos del gobierno parlamentario:

‘se crearon dos grandes ejércitos nacionales que sostuvieron la ‘república sin resabios de pretorianismo; tuvo lugar la valerosa ‘resistencia de Salta en la frontera norte; llevóse a cabo la ‘reconquista de Chile atravesando los Andes; consolidóse la alianza argentino-chilena, formulando el plan emancipador de la revolución argentina americanizada; preparóse la expedición ‘al Perú; los laureles de Chacabuco y Maipú orlaron el escudo de las Provincias Unidas y éstas son las luces, que en contraste con sus sombras, iluminan las páginas de su gloriosa administración. verdaderamente histórica.

— ¿Cómo? ¿Es usted el capitán Pueyrredon que estaba en el ejército de Morón?

— ¡Sí, señor, el mismo!

— ¿Habla otro de su apellido allí?

— ¡No, señor, ningún otro!

— ¡Entonces está usted entre sus amigos! —y diciendo esto se levantó y vino a darme la mano; él mismo me arrimó una silla cerca de él, convidándome a sentar.

— Usted tiene aquí deudores y deudora —agregó.

— ¿Yo, señor? No lo sé.

— ¿Cómo? ¿Tan pronto ha olvidado usted lo que hizo por Novoa, Kennedy y la niña, tomados en San Bernardo?

— No creo haber hecho sino lo que otro hubiera hecho en mi lugar — contesté.

— Y sin embargo — dijo — solamente usted se atrevió a hacerlo.

Después de esto llamó y se presentó un ayudante inglés, de nombre Doolet (1), estaba vestido con un pantalón de galón de oro, chaqueta bordada de trencilla negra, chaleco bordado de oro, a lo húsar, gorra con ancho galón y hermosa

(1) Nataniel Doolet, oficial irlandés.

borla en el plato, tenía además un pañuelo de seda de hierbas en la mano.

— ¿Conoce usted esa ropa? — me dijo el general.

— Sí, señor, la conozco

— ¿Era equipaje del general Morón, no?

— ¡No, señor, la gorra solamente era del general!

— ¿Y lo demás?

— ¡Lo demás era mío!

Dió una risada suave y me dijo: lo siento, pero yo no puedo hacerlo devolver porque son despojos de quienes de la guerra, único que doy a 1

-Yo nada reclamo, señor general — le contesté.

Dirigiéndose al ayudante, le ordenó que llamara al capitán Kennedy.

Mientras llegaba el llamado, se puso a escribir y un momento después apareció Kennedy, conducido de la mano por el oficial.

El general dejó de escribir y se levantó; pude entonces medir la talla de este hombre extraordinario.

XXIV

El general don José Miguel Carrera era un hombre de estatura más que regular, delgado de cuerpo, color blanco, de mirar tierno y penetrante, nariz grande, tenía la boca casi siempre entreabierta, al hablar mostraba sus blancos y bien conservados dientes, algo grandes; en su frente, espaciosa y elevada se notaban a ambos lados dos prominencias pronunciadas y la cabeza desde allí se elevaba como un globo; un observador inteligente que hubiese conocido el sistema del doctor Gall, hubiera podido estudiar en aquella cabeza, que revelaba tanta inteligencia, y en efecto, ese hombre era una de las capacidades de América.

Poseía en grado superior el don de la palabra, el don de gentes y con una seducción irresistible, no se podía hablar cuatro minutos con el general Carrera sin ser su amigo; hasta su voz era notable, daba a sus palabras una entonación metálica que parecía una campana.

Con el tiempo cuanto más traté a este hombre, más lo admiraba, llegué a tomarle fraternal afecto, sobre todo cuando fué desgraciado.

He dicho que se levantó para acercarse al hombre ciego.

— Capitán Kennedy — le dijo — ¿desearía usted ver a algún amigo suyo?

— ¿Que si yo desearía ver a un amigo mío ha dicho el general? ¡Oh, sí, señor, pero eso es imposible, yo ya no veré más a mis amigos, pero mis amigos pueden verme a mí!

Estas palabras dichas con voz quebrada y tierna, conmovieron al general, el cual dijo:

— ¡Es cierto, he dicho mal, pobre ciego, pobre amigo mío! Pero bien, ¿desearía usted abrazar a un amigo suyo que le haya hecho un gran servicio hace poco tiempo?

— ¡Oh, si señor, general, — contestó Kennedy

— particularmente a mi amigo Pueyrredon!

— Pues abrace usted al capitán Pueyrredon

— le dijo el general empujándome hacia él.— Kennedy abrió sus brazos y se arrojó en los míos, dando un grito de ¡mi amigo!, lloraba como una criatura.

Al general muy conmovido le vi llevar el pañuelo a los ojos. Esta escena enternecedora para los otros no lo fué para mí, que me mantuve tranquilo y serio, durante toda ella.

Kennedy tardó en hablar, cuando pudo hacerlo fué para decir:

— Señor general, si algo he hecho, si algo valgo, todo lo interpongo, yo me hago responsable del señor, mi vida por la suya!

— Muy bien — contestó Carrera — me gusta verle a usted con esos sentimientos, pero el señor no necesita nada de eso, ya le he dicho que está aquí entre sus amigos!

XXV

Volvió a llamar a su ayudante Doolet dándole el papel que antes habla escrito, era la orden para que viniese Novoa.

Permanecí allí un rato contestando y preguntando sobre los sucesos de la campaña. Había precipitado la batalla — me dijo — faltándole alguna tropa que andaba por la sierra, de donde esperaba también nuevas fuerzas, para salvar a los prisioneros que sabia que aun estaban vivos; esa fué la razón por la cual alarmó nuestro campo el día que fueron tomados y por lo que mandó en la noche un corneta por retaguardia.

Agregó que habla estado muy cerca de nuestra

línea, pensando atacarnos esa noche, no haciéndolo por ignorar adonde estaban y temiendo le matasen en la confusión; en la mañana de la acción habían seguido todos nuestros movimientos, teniendo siempre una fuerza a retaguardia para el objeto indicado.

Así me expliqué que el primer ataque lo llevara contra la reserva, adonde suponía estuvieran los prisioneros. Le había favorecido la neblina, sin esas circunstancias jamás habría dado la batalla que tenía en sus manos evitar, porque según me aseguró se proponía evitar todas a fin de conservar intactas sus fuerzas para pasar a Chile. A tal efecto tenía redactada una proclama dirigida a los pueblos de Cuyo, prometiendo formalmente no disparar ni un tiro y respetarles sus propiedades siempre que no le estorbasen el paso de la Cordillera de los Andes.

Me atreví a decirle que porqué no había hecho eso siempre.

— Así hubiera sucedido—me dijo—si hubiese podido, pero el hombre no siempre es dueño de sus acciones.

—Mi cuestión no es con la República Argentina, sino con Chile — agregó — pero yo no dependía de mí mismo, estaba aliado con el general

Ramírez y tenía el compromiso de ayudarlo para que él a su vez me ayudara. Pero hoy él se ha separado, no ha querido oír mis consejos.

Soy libre de mis acciones, entro en el camino en que siempre hubiera querido estar. Usted verá que en adelante mi conducta será diferente de lo que ha sido.

Esta conversación que fué muy larga, ocupó el resto de la tarde. La noche se acercaba y nada se decidía sobre mi suerte, lo que no dejaba de tenerme con cuidado.

Al fin me preguntó adonde vivía, y contesté que suponía a mi familia en casa del señor Daract (1).

— Es cierto — me dijo — allí está su familia y ya sabe que usted está aquí, he mandado a un oficial para tranquilizarla y esperan a usted allí!

— Está usted en completa libertad; voy a darle un soldado de confianza para que le acompañe y viva en su casa hasta que mis soldados le conozcan.

(1) Don José Daract y su esposa doña María a Antonia Wilkes O'Connor, padres de Alejo Juan, Climaco, Justo, Mauricio, Pascual y cuatro niñas, distinguiéndose los varones como hombres de pensamiento y de acción al servicio del país. — J. W. Gez, La tradición Puntano, Pág. 53, 2ª edición

No vaya usted a creer que le pongo un vigilante, es uno de mis ordenanzas que hará respetar a usted y a su casa; esas son las órdenes que lleva porque no tengo confianza de mis soldados que no han hecho profesión de ser virtuosos. Deseo que no olvide usted esta casa — agregó — visíteme particularmente por las mañanas, tomaremos mate juntos y hablaremos de Chile. Volvió a llamar al ayudante Doolet a quien había impartido varias órdenes; confieso que todas ellas me ponían en cuidado.

XXVI

Ya se ha visto que tales órdenes eran todo lo contrario de lo que yo pensaba. Júzguese la sorpresa y admiración que me causaría esa conducta, tanta amabilidad, atenciones tan delicadas como haber mandado a un oficial para tranquilizar a mi afligida madre (1); todo aquello me pareció el colmo de la bondad.

Yo siempre se lo agradecí tanto más cuanto

(1) Doña Manuela de Caamaño, casada con don José Cipriano de Pueyrredon en Baradero 22-11.1800, libro 1, folio 118.

que al llegar a casa supe que mi familia habla estado afligidísima porque no habla faltado uno de esos amigos comedidos en demasía que se complacen en ser portadores de malas noticias.

El recado del general Carrera les había tranquilizado en parte, pero mi presencia y la relación que les hice de la forma como me habla tratado, acabó de ganarles la voluntad y disipar sus temores.

Después siempre que mi madre hablaba del general Carrera lo hacia con mucho elogio.

¡Compárese esta conducta con la de algunos de nuestros jefes que hacen gala de ser déspotas!

Por mi familia supe que a su entrada al pueblo, todas las familias se refugiaron en las iglesias y los sacerdotes revestidos, esperaban su entrada para conjurarle a no hacer el mal que se temía. Su proceder había hecho desaparecer los temores. Había entrado solo, dirigiéndose a casa del cura, con quien fué inmediatamente a las iglesias para dar seguridades a las familias y hacerles regresar a sus hogares.

Ningún daño, ni insultos, ni violencias se habían hecho, el orden no fué alterado en manera alguna, lo que le granjeó la simpatía y respeto de aquel pueblo. Yo encontré al pueblo de San

Luis en el mismo estado en que lo había dejado, con algunos vecinos menos que hablan emigrado a la campaña (1).

XXVII

El general Carrera había organizado un gobierno provisorio nombrando sustituto de gobernador a un pobre diablo José Gregorio Giménez, quien siempre había sido considerado como un proyectista loco, era sargento mayor de milicias, hombre escaso y mezquino de ideas (2).

El nuevo gobernador trató de reunir las milicias sin conseguirlo, nombró nuevos oficiales, de los cuales al final solamente dos le siguieron, un chileno Menéndez y un puntano Rodríguez,

(1) J. W. Gez. — Historia de la Provincia de San Luis, I, 255, dice al respecto: ‘... no se cometió ninguna tropelía a contra la <vida, el honor o los bienes de . habitantes, debido quizá a las <precauciones de dejar en las afueras de la ciudad las tropas que, <por otra parte, estaban hartas de botín y de sangre.

(2) Cuando después tuvo que entrar en combate, en la Punta del Médano, abandonó a Carrera al principio de la acción, pasándome a las tropas mendocinas y sanjuaninas. — J. W. Gez, op. cit. Pág. 261

de la familia de Palma. Estos fueron sus agentes más activos; Carrera no fué feliz en el nombramiento.

Había en aquella época varios con finados de importancia que le hubieran servido bien, entre otros don Eduardo Pérez Bulnes (1), de Córdoba, sujeto muy distinguido y todo un caballero y aún el mismo cura señor Cabrera de Cabrera, sacerdote virtuoso y respetable, además varios otros, cuyos nombres no recuerdo.

Verdad es que tal vez no hubieran aceptado y aún es probable que esos mismos señores indicaran a Giménez, lo cierto es que este hombre no sirvió más que para indisponer al general, con algunos vecinos que le despreciaban, creyendo llegada la ocasión para vengarse de ellos.

(1) Manuel Eduardo Pérez Bulnes nació en Córdoba 12-X-1785. pertenecía a una ilustre familia de allí, funcionario bajo la dominación española adhirió desde el primer momento a la Revolución de Mayo; diputado al Congreso de Tucumán, signatario del acta de la Independencia, opositor al traslado del Congreso a Buenos Aires. Diputado también en 1825 firmó la Constitución de 1826. Partidario político del general Paz y presidente de la Sala Legislativa de 1829, fué mediador en compañía del coronel don Wenceslao Paunero para un arreglo con Quiroga antes de La Tablada, misión fracasada. Después de larga enfermedad, falleció en Córdoba el 13 de Mayo de 1851.